

envolvente con el cual obligó al enemigo á aceptar la batalla general. Constantino, aunque herido, tomó por asalto el campamento fortificado de Licinio y quedó dueño del campo. Una parte de las fuerzas enemigas se entregó; treinta y cuatro mil cadáveres cubrieron el campo, y Licinio se retiró con el resto de sus fuerzas á Bizancio, para continuar desde allí la guerra con tenacidad. Pero allí, mientras Constantino le bloqueaba por tierra, su hijo Crispo penetró por su orden con la armada en el mar de Mármara y derrotó cerca de Galipoli á la del enemigo, el cual al día siguiente en una tempestad que sobrevino perdió una gran parte de sus buques con un gran número de tropas que Licinio había hecho embarcar para enviarlas al Asia. Esta desgracia le indujo á embarcarse con el grueso de sus fuerzas, pasar los Dardanelos y hacerse fuerte en Calcedonia, abandonando á Bizancio á su enemigo. Para reunir un nuevo ejército nombró césar á su ministro canciller Martiniano, y le dió el encargo de vigilar con numerosas fuerzas desde Lampsaco los Dardanelos y el mar de Mármara.

Pronto tuvo reunido Licinio otro ejército imponente, saca-



Licinio

do de las provincias orientales, y por medio de enganches entre los godos. Constantino entre tanto no se entretuvo en sitiar plazas fuertes, sino que pasó el Bósforo y se estableció en Hieron, hoy Anadolí-Havak. Entonces Licinio llamó á toda prisa á Martiniano con sus fuerzas, y una vez reunidas ambas, en 18 de setiembre de 323 libraron los dos rivales otra batalla campal, cerca de Crisópolis, en la cual quedó Licinio derrotado tan completamente que dejó unos 25,000 muertos en el campo, y cuando llegó á Nicomedia no tenía ya de sus 150,000 hombres sino 30,000. Bizancio y Calcedonia se entregaron al vencedor, el cual en seguida puso sitio á Nicomedia. Licinio entró en negociaciones con su rival por medio de su esposa Constancia, y ésta recabó de su hermano la vida de su esposo, bajo la condicion de renunciar á la púrpura imperial y retirarse á Salónica, á donde se retiró en efecto.

Constantino había quedado emperador único en todo el vasto ámbito del imperio romano; y para halagar á los cristianos conmemoró su victoria sobre Licinio con un gran cuadro simbólico, pintado al encausto, en un punto extramuros de Roma, en el cual estaban representados el emperador y sus hijos, á sus piés, el vencido en forma de dragon retorciéndose, con el cuerpo atravesado de flechas, al borde de un abismo, y encima de todos el signo de la cruz. A sus nuevos súbditos de las provincias orientales hizo partícipes inmediatamente de las ventajas de su política religiosa por medio de dos edictos que en el fondo reproducían el de Milan, pero con mas precision. Al mismo tiempo hizo lo posible para reparar los males que las persecuciones anteriores habían causado á la Iglesia y á los cristianos. En los mismos edictos insistió en declarar que todos tenían libertad completa en materia religiosa y que el culto de los templos antiguos no quedaba abolido, como se había supuesto erróneamente, si bien él aconsejaría á todos entrar en la religion pura é inmaculada de Cristo, si el error no estuviera tan profundamente arraigado en el corazon de muchos. Además, cosa que no había hecho en el edicto de Milan, calificó al paga-

nismo como una *opinion impía y un poder de las tinieblas*, pero añadía: «Los que están en el error conserven sus templos mentirosos, porque no debe obligarse á nadie con castigos á luchar por la vida eterna; pero los que no quieran salvarse no culpen despues á otros, porque el remedio se ofrece públicamente á todo el mundo; y sobre todo, que se guarden todos de despreciar la religion verdadera.»

Se vé, pues, que estos edictos están animados todavía del espíritu de tolerancia, y sostienen el principio de la libertad de conciencia y del culto. Pronto se presentó al emperador la ocasion de atraer á su servicio la Iglesia, á la cual había puesto en camino de ser imperante y exclusiva.

Por desgracia, creyó no poder reinar tranquilo mientras viviera su ex-competidor Licinio, y para librarse de este temor hizo lo que habían de condenar todas las personas nobles, tanto cristianas como paganas: faltó á la palabra dada á su hermana, y despues de un corto plazo de gracia, hizo estrangular en Salónica, en mayo de 324, á su destronado enemigo y cuñado Licinio.

### CAPITULO III

#### CONSTANTINO EL GRANDE EMPERADOR ÚNICO

El gran hijo del noble Constancio Cloro había llegado á la meta de su ardiente ambicion á fuerza de largas luchas y terribles esfuerzos, continuados por muchos años con energia y acierto. Su nuevo reinado fué trascendental, no solamente para el porvenir del imperio romano sino tambien para todo el Occidente. Lo que de él tenemos que referir no son ya campañas sabiamente combinadas ni formidables batallas, sino trabajos pacíficos. Veremos á este emperador terciando como moderador en las apasionadas luchas entre los diferentes partidos que se iban formando en la iglesia cristiana, le veremos siendo fundador de una nueva capital del mundo civilizado, y finalmente le veremos organizar administrativa y militarmente el colosal imperio sobre las bases ideadas por Diocleciano.

Desde el año 312 había ido marchando adelante sin interrupcion la reforma interior del imperio; pero á la muerte de Licinio la situacion de la iglesia cristiana obligó al emperador á dar un paso de importancia extraordinaria. Ya hemos visto que la comunidad cristiana había salido de la larga era de las persecuciones con muy diverso carácter del que antes tenía. La Iglesia vencedora, gracias á la constancia inquebrantable y á la firmísima fe de sus adeptos, gracias tambien á la proteccion del poderosísimo Constantino y á la seguridad de no tener que sufrir nuevas persecuciones, porque la experiencia de los últimos veinte años había demostrado su completa inutilidad, vió afluir á su seno en muchas partes del imperio grandes masas de nuevos adeptos, no siempre movidos por el impulso de la fe interior sino en gran parte por motivos exteriores. Al propio tiempo por desgracia iba visiblemente menguando la fuerza moral regeneradora y asimiladora de la Iglesia, mientras sus prohombres instruidos empleaban su inteligencia y saber en controversias dogmáticas. Los cristianos, sin dejar de dar fervientes gracias á Dios por haber conducido á la Iglesia á este punto y haberla protegido, estaban persuadidos con orgullo mundano de su fuerza moral y material. Este orgullo despertó en ellos desde el primer instante el sentimiento de la intolerancia apasionada y siempre creciente contra el paganismo y sus manifestaciones exteriores, y al mismo tiempo nacieron en el seno mismo de la Iglesia terribles contiendas sobre los misterios mas recónditos de la fe y sobre elucubraciones especulativas dogmáticas.

Una de estas grandes contiendas conmovia la Iglesia en el Oriente cuando Constantino se apoderó de los Estados de Licinio. La Iglesia había entrado en el período en que empezó la formacion de sus dogmas. La inteligencia vivísima y la inclinacion antigua de la raza griega y de los pueblos grecizados á especulaciones filosóficas, se aplicaron tambien gradualmente al cristianismo; pero hasta la época de que ahora hablamos había predominado la parte moral de la religion, y si no faltaron opiniones divergentes que engendraron violentas contiendas en los siglos II y III, había habido siempre bastante piedad y cordura para evitar excisiones y cismas permanentes. Pero en tiempo de Licinio, la cuestion de la persona de Cristo había suscitado una contienda que con increíble rapidez dividió la Iglesia en dos campos enemigos y que tuvo consecuencias inmensas para el desenvolvimiento político de los habitantes del imperio y hasta de los pueblos germánicos.

El presbítero Arrio, en Alejandría, hombre de vida severamente ascética, erudito, inteligente y sagaz, muy instruido en la filosofía griega y gran dialéctico, había estudiado con ardor ya en el siglo III la cuestion, entonces muy discutida, de la relacion entre Dios Hijo y Dios Padre; y tratando de fundarla sobre un principio fijo y palpable, había llegado por la dialéctica al resultado de que Jesucristo, Dios, Dios verdadero y de nacimiento anterior á los tiempos, no podia ser considerado *como eterno*, porque había habido un *antes* de su existencia, porque si bien anterior al mundo, había sido creado por un acto de la voluntad de Dios Padre.

Esta teoría, que Arrio predicó en su iglesia parroquial, siempre llena de fieles, originó por los años 318 y 319 un violento conflicto entre Arrio y su obispo Alejandro, que defendió vivamente una opinion contraria, análoga á la del símbolo posterior llamado de Nicea. Este conflicto dividió en poquísimo tiempo la iglesia de Alejandría en dos campos que se hacían una guerra violenta. El obispo cometió la imprudencia de hacer destituir al presbítero por un sínodo de obispos de Egipto y de Libia, reunido en el año 321, con lo cual no hizo mas que atizar el fuego, porque Arrio defendió su teoría en una obra, y además compuso cánticos religiosos de su doctrina que se hicieron luego populares y se extendieron aun á comarcas lejanas. La contienda se comunicó con rapidez pasmosa á todas las clases sociales del mundo cristiano en el Oriente, sin exceptuar las mas ínfimas, y en Nicomedia y su comarca el obispo Eusebio y sus partidarios se declararon por Arrio.

Cuando Constantino se hizo emperador único, en el año 324, había llegado el cisma á un grado aterrador, con gran satisfaccion de los gentiles, que ridiculizaron esta disputa en su teatro. Con la subida de Constantino y con la fusion de la iglesia cristiana y de sus intereses con el imperio y los suyos, adquirió la contienda nueva importancia, y la política imperial tuvo que influir forzosamente en ella. Constantino comprendió en seguida la línea de conducta que le tocaba seguir, y aprovechando el cisma, logró someter á sus planes políticos á la Iglesia vencedora y hacer de ella un instrumento importante de su autoridad imperial. Decidió á restablecer la concordia y á conservar la unidad del imperio juntamente con la de la Iglesia, excitó á los dos partidos á la paz y á dejarse de «disputas vanas sobre cosas insondables;» pero no consiguió absolutamente nada; y como al parecer no había otra esperanza de restablecer la concordia sino sentando acerca de la calidad de Hijo de Jesucristo, una doctrina aceptable y que fuese aceptada por todos, resolvió encargar la decision de la controversia á un *concilio general*, reunion que á la vez le ofrecía la ventaja de ponerse en relacion personal con los prohombres de la iglesia cris-

tiana de Oriente. El lugar de la reunion fué Nicea, en Bitinia, donde se congregaron en el mes de junio del año 325, por invitacion del emperador, 318 obispos, casi todos del Oriente, excepto siete ú ocho del Occidente. La iglesia de Roma estaba representada por dos presbíteros. Los obispos no acudieron solos, sino acompañados cada uno de un séquito numeroso de eclesiásticos, y además se presentaron en Nicea muchos seglares, maestros en dialéctica. Era indudablemente un inmenso suceso histórico esta reunion de tantos varones, que en gran parte habían atravesado firme y gloriosamente largos años de persecuciones y de peligros terribles, y que representaban idealmente la iglesia cristiana y su unidad, así como la union de esta Iglesia con el poderoso imperio. Mas, pronto se vió que esta misma iglesia había renunciado á su independencia primitiva y había entrado en un período nuevo, en el cual el poder terrenal, el imperial, empezó á ejercer influencia sobre su vida interior y aun sobre su esencia dogmática. Entonces se vió que el emperador, sin ser miembro de la Iglesia, ni siquiera exteriormente, era el centro directivo de los debates. El había convocado este primer concilio ecuménico fijando lugar y tiempo de la reunion, lo cual continuó siendo en adelante privilegio de la corona; y él abrió y presidió los debates y así quedó establecida esta costumbre en adelante, de tal suerte, que cuando los emperadores no podían ó no querían abrir y presidir personalmente estas asambleas, enviaban en su lugar delegados. Además, sobre la decision dogmática final de este concilio ejerció Constantino una influencia decisiva.

El concilio se dividió muy pronto en tres agrupaciones principales: la primera era la acaudillada por Arrio, no muy numerosa, pero compuesta de partidarios mas rígidos; la segunda, adversaria de la primera, tampoco excesivamente numerosa, estaba dirigida por el obispo español Osio de Córdoba y por el joven diácono del obispo de Alejandría, el celeberrimo Atanasio, el representante mas ilustre de la ortodoxia de aquel tiempo y el primer gran prelado de la Iglesia antigua, orador brillante y de númen, defensor entusiasta y ferviente de sus convicciones y en general hombre de dotes brillantísimas. El partido de estos dos varones defendía *la eternidad de Dios Hijo, su generacion en la eternidad*, y como consecuencia la anulacion de la condicion finita de su esencia, como sér creado por la misma eternidad de su ser. A este misterio insondable de la eternidad igual del Padre y del Hijo, dió este partido el nombre griego de *homusio*, que significa *de esencia igual*, palabra inventada expresamente para el caso, pues que no figura en la Sagrada Escritura. Entre ambos partidos estaba la gran masa de los menos decididos, que como los secuaces de Eusebio de Nicomedia, se inclinaban en gran parte al arrianismo, pero estaban dispuestos á contentarse con un credo mas general. Las discusiones se fueron acalorando gradualmente hasta que el emperador interpuso su influencia. Durante algun tiempo Constantino se inclinó al partido de Arrio; pero al fin conquistaron su voluntad los homusianos, cuyo jefe el obispo Osio de Córdoba estaba desde muchos años estrechamente relacionado con el emperador. Una vez declarado formalmente Constantino por la fórmula homusiana, fué esta aceptada con algunas adiciones en el *símbolo de Nicea*; y como la gran masa de los reunidos mostrara repugnancia á admitir una fórmula que hasta entonces había sido el dogma teórico de una minoría, el emperador venció aquella oposicion con su amabilidad, su paciencia y humildad, y con sus ruegos y su elocuencia seductora. Los mas tercos, entre ellos el obispo Eusebio de Nicomedia, firmaron cuando el emperador les hizo entrever que de no hacerlo perderian

sus prelacías. Solo Arrio y dos obispos egipcios negaron con firmeza inquebrantable su firma.

Desde entonces quedó aceptada la fórmula homusiana como teoría dogmática. Era sin embargo demasiado abstracta para que penetrara en la masa de los cristianos, y mucho menos en los pueblos germánicos, entre los cuales el cristianismo empezaba poco a poco a ganar prosélitos. Así, a pesar de los trabajos del concilio, aguardaban a la Iglesia largas y sañudas luchas, de las cuales fueron triste presagio las muchas acusaciones que unos obispos contra otros habían presentado por escrito al emperador durante las sesiones del concilio. Constantino tuvo el buen tacto de mandar quemar estas pruebas tan contrarias a las antiguas virtudes de humildad, caridad y fraternidad cristianas; pero la intolerancia fué sancionada por el acto de odio feroz con que el concilio cerró sus sesiones. Esta asamblea, condenando la teoría de Arrio y decretando la destrucción de sus escritos, pronunció anatema contra ellos, y los obispos Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea, que quisieron sancionarlos con su firma, fueron desterrados a la Galia. Al mismo tiempo Arrio, los dos obispos egipcios que le habían permanecido fieles hasta el fin y algunos presbíteros fueron destituidos y desterrados a Liria. Cerrado el concilio trasladóse el emperador por algunos meses a Roma, donde celebró con gran pompa en el verano del año 326 el vigésimo aniversario de su reinado.

Casi inmediatamente después Constantino, el verdadero vencedor de esta crisis religiosa tan famosa en la historia, horrorizó a paganos y cristianos con los actos más siniestros y tenebrosos de su vida, sobre cuyo origen y perpetración jamás se ha hecho luz completa. Lo único cierto es que en el mismo verano de 326 fué muerto por orden del emperador en Pola, en Dalmacia, su hijo mayor el excelente Crispo, el ídolo del pueblo y del ejército, y poco tiempo después fué ahogada en un baño caliente Fausta, la esposa de Constantino. Parece que éste, cuya pasión principal era la ambición de ser dueño absoluto del imperio, tuvo sospechas de su hijo, y pudo acontecer que al celebrar el vigésimo aniversario de su reinado le recordase su hijo la ley de sucesión de Diocleciano, según la cual tocaba al emperador abdicar. Además es muy probable que la tirantez entre padre e hijo, y la ambición insaciable del primero, fueran exacerbadas por terceras personas, especialmente por la emperatriz Fausta, en favor de sus hijos propios, hasta que el emperador fuera de sí ordenara tan espantosos crímenes, añadiendo a ellos la muerte de su sobrino Licinio, hijo de Constancia, que no contaba más de once años, y la de otras muchas personas que por sus relaciones y alta posición le hacían sombra. De nada le sirvió el arrepentimiento que no tardó en sobrevenir, arrepentimiento que pronto disipó su octogenaria madre Elena y que le indujo a matar a su esposa Fausta como instigadora principal de los crímenes cometidos. Ningún arrepentimiento, ni este nuevo crimen, pudieron volver al mundo al mejor de sus hijos, y la esperanza del porvenir del imperio y de la dinastía de Constantino quedó reducida a los hijos de Fausta.

La vieja Elena emprendió en aquel mismo año un viaje a la Tierra Santa, donde, según se dice, contribuyó al descubrimiento del sepulcro de Cristo y de la verdadera cruz, fundó iglesias en los Santos Lugares y recogió gran número de reliquias. De regreso a la corte de su hijo, no se sabe cuándo murió.

Pronto distrajo Constantino a sus contemporáneos de estos hechos tenebrosos con el segundo acto de su reinado, acto que unido al reconocimiento de la iglesia cristiana ha tenido la mayor trascendencia hasta nuestros días, a saber: la fundación de Constantinopla, la segunda capital del mundo. Los estudios históricos modernos hacen suponer el conjunto

de circunstancias que obligaron a Constantino a crearse una nueva residencia. La antigua Roma estaba considerada desde mucho tiempo como impropia para servir de centro administrativo y militar al dilatado imperio, y sobre todo desde que éste se había transformado en monarquía absoluta, y desde que la cruz se había sobrepuesto al Olimpo. Cambiado todo esto, y variado hasta el sistema administrativo, necesitaba Constantino una nueva capital, una capital virgen con una población nueva también, que pudiera adaptarse al nuevo régimen de gobierno, de administración y de sociedad. En la elección del sitio para esta capital y centro de gobierno, no mostró Constantino menos acierto que Alejandro Magno cuando fundó a Alejandría, la capital mercantil de Egipto. No es de extrañar ni disminuye el mérito del fundador de la nueva Roma a orillas del Bósforo y del Cuerno de Oro, que vacilara antes de decidirse entre varios puntos de las provincias orientales. Todos los sabios modernos, militares, geógrafos e historiadores, no se cansan de demostrar las inmensas ventajas que en concepto militar y político ofrece la península del Cuerno de Oro, no solamente para sí sino también para un imperio tan dilatado como entonces era el romano. En el curso de esta historia veremos que la nueva capital, como plaza inmensa fortificada, triplicó la fuerza ofensiva y defensiva de toda la península danubiana, limitada hasta la fundación de Constantinopla principalmente a tres plazas fuertes, Sirmio, Adrianópolis y Salónica; y veremos también como esta creación de Constantino salvó al imperio bizantino hasta mediados del siglo xv. En nuestra época hemos visto la fuerza extraordinaria que presta al imperio turco su capital Constantinopla.

Volvamos al curso de los sucesos históricos. Una vez decidido el plan de transformar la antigua ciudad provincial griega de Bizancio en capital del mundo, no había ensanche posible más que por el lado de la Tracia, y en su consecuencia fueron derribadas las murallas de Bizancio del lado occidental y la nueva muralla fué construida quince estadios (que se andan en cuarenta y cinco minutos) más lejos, donde hoy está Vlangabostan. Se admite como día de fundación de la nueva capital el 4 de noviembre del año 328. Después de varios actos religiosos y simbólicos, trazó el emperador aquel día, con una lanza, la línea de la nueva muralla y puso la primera piedra. El perímetro del espacio destinado a la nueva capital, por supuesto incluyendo la vieja Bizancio, era de diez y seis kilómetros trescientos veinticinco metros; de los siete collados que en el siglo v cubrían la ciudad, entraron entonces cinco en el perímetro indicado, y en uno de estos collados, ocupado ya por la antigua Bizancio, junto al Bósforo, construyó el emperador su magnífico palacio.

Entre las pasiones de Constantino, la de edificar era una de las más fuertes, en la cual quizás excedía a Trajano y emulaba con éxito a Adriano. Así, activó tanto la construcción de la nueva muralla, de los edificios y obras de utilidad como de lujo, que en 11 de mayo de 330 pudo inaugurarse solemnemente la nueva capital, cuyo nombre de Constantinopla se había hecho ya popular. Muchos de los edificios principales, por haber sido tan precipitadamente construidos, no tardaron en necesitar grandes y costosos reparos, y otros no quedaron realmente concluidos sino en el reinado siguiente. El día 11 de mayo fué desde entonces celebrado cada año por la población como aniversario de la fundación de la ciudad. Constantino dirigió personalmente la inauguración, y en esta ceremonia, como lo requería la posición del emperador, colocado entre el paganismo y el cristianismo, entre la civilización antigua greco-romana y la nueva que apuntaba, hubo al mismo tiempo usos y ritos paganos, mágicos y cristianos, coronando el todo fiestas públicas, principalmente

grandes funciones del circo, que en la nueva capital tuvieron en épocas posteriores una importancia política muchísimo más trascendental que las de Roma y Antioquía.

Entre las creaciones arquitectónicas de Constantinopla, muchas adquirieron con el tiempo gran fama histórica. Las más notables por su magnificencia y belleza artística, en concepto de aquella época, estaban situadas en la parte oriental de la ciudad; y su conjunto, con sus suaves collados, rodeado por tres lados del mar azul y por todas partes de un panorama seductor, habría sido también para nuestro gusto, como es la Constantinopla de hoy, magnífico y majestuoso. El carácter de la suntuosidad de entonces parece haber sido en materia arquitectónica, tanto en el estilo como en la decoración, la variedad, muy distante de la placidez clásica griega. No predominaba ningún estilo, ni ningún gusto, sino la tendencia a sobrecargar la parte decorativa, para la cual Constantino había reunido e iba allegando, cada vez más, obras plásticas de todas las partes del mundo antiguo clásico. Las murallas, con sus obras defensivas accesorias, fueron el primer cuidado de Constantino, y aunque las hizo formidables fueron aumentadas todavía mucho más en el trascurso de los siglos siguientes. Para emplazamiento de su palacio eligió el extremo oriental triangular y llano que ocupaba la antigua población de Bizancio. Este palacio, como después el de los sultanes de Turquía, era un conjunto de edificios suntuosos con jardines, gran número de patios y plazas exteriores e interiores, oficinas, habitaciones de altos empleados, cuarteles para las diferentes secciones de la guardia palatina, de la policía y de la servidumbre. La distancia desde el palacio hasta el extremo opuesto de la ciudad, la llamada Puerta de Oro que daba al campo, era de cinco cuartos de hora (como cinco kilómetros aproximadamente). El centro de la ciudad, no el geométrico, era el foro de Constantino, plaza inmensa de mercado desde la cual tres magníficas y anchurosas calles conducían al palacio. Esta plaza ocupaba el centro de la línea que describía la muralla de la ciudad antigua de Bizancio. La más meridional de las citadas calles tenía a un lado el hipódromo, hoy el Atmeidan. La calle central pasaba cerca de la nueva iglesia de Santa Irene, a la cual en el año 343 Constantino II unió la célebre basílica de Santa Sofía. En la misma vía, estaba el palacio de justicia, y más lejos el Augusteo, gran plaza cuadrilonga con soportales, donde el emperador erigió la estatua de pórfido de su madre Elena, y una imitación de la piedra miliar de Roma, desde la cual se contaban las millas de las grandes vías de comunicación o calzadas militares del imperio de Oriente. La calle septentrional seguía la dirección del Cuerno de Oro. Entre las construcciones de la parte occidental de la nueva ciudad era notable la iglesia de los Apóstoles, construida de mármol de colores, en forma probablemente de cruz griega con una elevada cúpula en el centro. El techo interior de esta iglesia era todo dorado y la cubierta exterior de bronce también dorado. Ocupaba el centro de una plaza rodeada de pórticos y edificios para el emperador, con grandes salas de ceremonias y otras habitaciones para el personal alto y bajo afecto al servicio del templo, en cuyo interior estaban el trono del emperador, al lado del sillón del obispo, y el panteón de los emperadores residentes en el Oriente, por lo pronto de los Constantinos, y de los obispos de la nueva capital.

También dotó Constantino su capital de templos paganos, con el evidente objeto de hacerse propicios todos los poderes sobrenaturales y divinos. A este fin erigió en el centro del foro un magnífico monolito de pórfido, llevado de la Tebas egipcia, que media 33 metros de alto y que fué colocado sobre un zócalo de mármol blanco cuya altura excedía de seis metros. Esta columna, que fué en gran parte destruida

por un rayo en 5 de abril de 1101, estaba coronada de una estatua colosal de bronce, representando al dios del sol, Apolo, cuya cabeza se reemplazó por otra que representaba a Constantino. De este monumento misterioso se apoderó muy pronto la imaginación del pueblo, que decía entre otras muchas cosas que Constantino había ocultado en el coloso un pedazo de la verdadera cruz. El resto de la columna que todavía existe, lleva hoy el nombre de *columna quemada*. También dotó Constantino la capital de un brillante alumbrado público.

La edificación de una ciudad tan grande y la construcción de otras muchas obras públicas en diversas partes del imperio, dieron trabajo a cuantos ramos de industria viven de la arquitectura, así como a innumerables artistas, artesanos y braceros. Todas las canteras de mármol y otras piedras de mérito para las construcciones de lujo, desde el Taigeto en el extremo Sur de Grecia, hasta cerca de Proconeso y Sínada y hasta las orillas del mar Rojo y las de Siene en Egipto, estuvieron en activa explotación. Pero por otra parte, las provincias todas hubieron de sufragar los gastos de estas obras, habiéndose calculado en sesenta millones de francos los de la nueva capital, la cual además para poblarse convenientemente, tuvo que privar de habitantes a otras comarcas del imperio, que bastante despobladas ya, llenaron el vacío con bárbaros. Constantino, para atraer rápidamente población a su nueva capital, le concedió los mismos derechos y privilegios de que disfrutaba Roma, juntamente con el derecho itálico, que eximia de las contribuciones generales; y para las clases pobres, siguiendo la fatal costumbre de los demás emperadores, hizo donativos en cereales, vino, carne y aceite. Estos donativos fueron luego permanentes por una disposición del emperador del 18 de mayo de 332 y llegaron paso a paso al espantoso extremo de contarse ochenta mil individuos que recibían del tesoro público su pan diario. Esto, además de la corte, de los altos funcionarios del Estado, del personal administrativo, de una numerosa clase media acomodada, de la población industrial y artesana productiva y de la guarnición, atrajo a Constantinopla un populacho artificial que en lo tosco y brutal no cedía en nada al de las grandes plazas antiguas romanas y griegas, estando siempre dispuesto a motines, incendios y otras atrocidades. La inmigración continuó creciendo de generación en generación, ya por las ventajas citadas, ya por la atracción que todas las capitales ejercen sobre los provincianos, ya por los sucesos políticos, especialmente las guerras que sobrevinieron; de suerte que a principios del siglo quinto contaba Constantinopla ya más de medio millón de habitantes. Entre las pérdidas de miembros útiles que la emigración a la capital causaba a las ciudades de provincias, de la que más se resintieron fué de la de muchos decuriones, que preferían formar parte del consejo municipal de Constantinopla y gastar allí sus rentas. El emperador cuidó con mucha solicitud del comercio, el cual desarrollado rápida y poderosamente, contribuyó a que la gran ciudad estuviese siempre abundantemente abastecida de todo, especialmente de cereales baratos, producidos en gran cantidad por el Egipto, la Siria y las provincias asiáticas. El Egipto pertenecía a la corona y pagaba sus impuestos en productos, y de ellos destinó especialmente el emperador una parte al aprovisionamiento de su nueva capital.

El gran cuidado de Constantino fué hacer su nueva creación enteramente igual a Roma, no solamente respecto de la suntuosidad y grandeza material artística, sino también por lo que tocaba a la administrativa. En este último concepto dotó a Constantinopla de todo el aparato municipal de Roma y además creó un nuevo Senado, que no podía faltar como